

PRÓLOGO



*Escuela diurna de Greenwich Country
Greenwich, Connecticut
Veinte años atrás*

Llévatela, Jane.
Jane Whitcomb agarró la mochila.

—Pero vas a venir, ¿no?

—*Ya* te lo dije esta mañana. *Sí*.

—Está bien. —Jane observó a su amiga mientras se marchaba caminando por la acera, hasta que oyó el claxon de un coche. Se colocó bien la chaqueta y echó los hombros hacia atrás, antes de dar media vuelta para quedar frente a un Mercedes Benz. Su madre la estaba observando desde la ventanilla del conductor, con el ceño fruncido.

Jane se apresuró a cruzar la calle y pensó que el objeto que llevaba en la mochila hacía mucho ruido. Se subió en el asiento trasero y puso la mochila entre sus pies. El coche empezó a moverse antes de que ella pudiera cerrar la puerta.

—Tu padre vendrá a casa esta noche.

—¿Qué? —Jane se colocó bien las gafas sobre la nariz—.
¿Cuándo?

—Esta noche. Así que me temo que...

—¡No! ¡Tú lo prometiste!

Su madre le lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Cómo has dicho, jovencita?

A Jane se le humedecieron los ojos.

—Me hiciste una promesa para mi cumpleaños número trece. Se supone que Katie y Lucy van a...

—Ya he avisado a sus madres.

Jane se dejó caer sobre el respaldo.

Su madre la miró desde el espejo retrovisor.

—Quítate esa expresión de la cara inmediatamente, por favor. ¿Acaso crees que eres más importante que tu padre? ¿Es eso?

—Claro que no. Él es *Dios*.

De repente, el Mercedes dio una curva inesperada y se oyó el chirrido de los frenos. Su madre se dio la vuelta, levantó la mano y se dispuso a darle una bofetada, al tiempo que el brazo le temblaba.

Jane se encogió atemorizada en el asiento trasero.

Tras un instante de tensión, su madre volvió a mirar hacia delante y se arregló el peinado perfecto con una mano tan firme como agua hirviendo.

—Tú... No te sentarás a la mesa con nosotros esta noche. Y tu pastel irá a parar directamente al cubo de la basura.

El coche comenzó a moverse de nuevo.

Jane se secó las mejillas y clavó la mirada en la mochila. Nunca había tenido una fiesta de pijamas. Había suplicado durante meses enteros.

Pero ahora todo se había arruinado.

Guardaron silencio durante el resto del viaje y, cuando el Mercedes quedó aparcado en el garaje, la madre de Jane se bajó del coche y se dirigió a la casa sin mirar hacia atrás.

—Ya sabes adónde ir —fue lo único que dijo.

Jane se quedó en el coche, tratando de calmarse. Luego recogió la mochila y sus libros, se bajó y atravesó la cocina arrastrando los pies. Richard, el cocinero, estaba inclinado sobre el cubo de basura, deshaciéndose de un pastel con cobertura blanca y flores rojas y amarillas.

Jane no le dijo nada porque tenía un nudo en la garganta. Richard tampoco le dijo nada porque Jane no le caía bien. A él sólo le gustaba Hannah.

Mientras Jane salía hacia el comedor por la puerta del servicio, pensó que no quería encontrarse con su hermanita y rogó que Hannah estuviera en cama. Esa mañana había dicho que no se sentía bien. Probablemente porque tenía que entregar un informe en la escuela.

Camino a las escaleras, Jane vio a su madre en el salón.

Los cojines del sofá. Otra vez.

Su madre todavía llevaba puesto el abrigo de lana azul pálido y tenía la bufanda en la mano y seguramente se quedaría así hasta que quedara satisfecha con la colocación de los cojines, un proceso que podía llevarle un rato. El patrón con el que se medían todas las cosas era el mismo con el que se medía el peinado: todo tenía que estar impecablemente bien.

Jane se dirigió a su habitación. A esas alturas sólo le quedaba esperar que su padre llegara después de la cena. De todas maneras se enteraría de que estaba castigada, pero al menos no tendría que mirar su sitio vacío durante toda la cena. Al igual que su madre, su padre detestaba las irregularidades y las cosas fuera de lugar y el hecho de que Jane no estuviera sentada a la mesa era una tremenda irregularidad.

Si eso ocurría, la bronca que recibiría de su padre sería mucho más intensa, pues no sólo tendría que oír lo mucho que había decepcionado a la familia por no estar presente en la cena, sino por el hecho de haber sido grosera con su madre.

Arriba, la habitación pintada de amarillo brillante de Jane tenía el mismo aspecto que el resto de la casa: perfecta, al igual que el pelo y los cojines del sofá y la forma de hablar de la gente. Todo estaba en orden. Todo parecía perfecto y congelado, como la fotografía de una revista de decoración.

Lo único que no encajaba era Hannah.

Jane guardó la mochila en el armario, encima de las hileras de zapatos; luego se quitó el uniforme de la escuela y se puso un camisón de franela. No había razón para ponerse ropa. No iba a ir a ninguna parte aquel día.

Cogió sus libros y los llevó hasta el escritorio blanco. Tenía deberes de inglés y también de álgebra y francés.

Miró de reojo su mesilla de noche. Allí la estaban esperando *Las mil y una noches*.

No podía pensar en una mejor manera de pasar su castigo, pero primero tenía que hacer los deberes del colegio. Tenía que hacerlo. De otra forma se sentiría demasiado culpable.

Dos horas después, Jane estaba en la cama con *Las mil y una noches* en el regazo, cuando la puerta se abrió de repente y Hannah asomó la cabeza. Su cabello rojizo y ondulado era otra desviación. El resto de la familia tenía el cabello rubio.

—Te he traído algo de comer.

Jane se enderezó, preocupada por su hermanita.

—Te vas a meter en líos.

—No, no lo haré. —Hannah se deslizó dentro de la habitación con una cesta en la mano con una servilleta bordada, un sándwich, una manzana y una galleta—. Richard me ha dado esto para que tuvieras algo de comer por la noche.

—¿Y tú?

—No tengo hambre. Toma.

—Gracias, Han. —Jane cogió la cesta, mientras Hannah se sentaba a los pies de la cama.

—¿Qué fue lo que hiciste?

Jane sacudió la cabeza y le dio un mordisco al sándwich de rosbif.

—Me enfadé con mamá.

—¿Por lo de la fiesta?

—Ajá.

—Bueno... Yo tengo algo que puede alegrarte. —Hannah deslizó una cartulina doblada por encima de las mantas—. ¡Feliz cumpleaños!

Jane miró la tarjeta y parpadeó rápidamente un par de veces.

—Gracias... Han.

—No estés triste, yo estoy aquí. ¡Mira tu tarjeta! La hice especialmente para ti.

En el frente de la tarjeta había dos figuras dibujadas torpemente con palotes por la mano de su hermana. Una tenía cabello rubio y liso y debajo estaba escrita la palabra *Jane*. La otra tenía el pelo rizado y rojo y debajo decía *Hannah*. Estaban agarradas de la mano y en sus caras circulares aparecía una gran sonrisa.

En el momento en que Jane iba a abrir la tarjeta, las luces de un coche iluminaron el frente de la casa y comenzaron a avanzar por la entrada.

—Ha llegado papá —dijo Jane en voz baja—. Será mejor que te vayas.

Hannah no parecía tan preocupada como estaría normalmente, probablemente porque no se sentía bien. O tal vez estaba distraída con... Bueno, con lo que fuera que Hannah se distraía. Se pasaba el día en las nubes, lo cual era posiblemente la razón para que viviera tan feliz.

—Vete, Han, en serio.

—Está bien. Pero lamento mucho que no hayas podido tener tu fiesta. —Hannah corrió a la puerta.

—Oye, Han. Me ha encantado la tarjeta.

—Pero aún no la has visto por dentro.

—No necesito hacerlo. Me gusta porque la hiciste para mí.

La cara de Hannah se iluminó con una de esas sonrisas esplendorosas que hacían que Jane pensara en un día soleado.

—Habla de ti y de mí.

Mientras la puerta se cerraba, Jane oyó las voces de sus padres procedentes del vestíbulo. En segundos se comió lo que Hannah le había traído, metió la cesta entre los pliegues de las cortinas que estaban junto a la cama y se dirigió al montón de libros escolares. Agarró *Los papeles póstumos del club Pickwick*, de Dickens, y regresó a la cama. Se imaginaba que podría ganar algunos puntos si su padre la encontraba trabajando en algo de la escuela.

Sus padres subieron una hora después y Jane se quedó en tensión, esperando que su padre llamara a la puerta. Pero no lo hizo.

Era muy extraño, pues su padre era tan controlador que era fácil predecir sus actos con precisión. Lo cual resultaba curiosamente cómodo, aunque a Jane no le gustaba tener que hablar con él.

Jane dejó *Pickwick* a un lado, apagó la luz y metió las piernas entre las sábanas. Nunca dormía muy bien debajo del dosel de la cama y al cabo de un rato oyó que el reloj antiguo que estaba en la parte superior de las escaleras dio las doce campanadas.

Medianoche.

Jane se levantó, se dirigió al armario, sacó la mochila y la abrió. El tablero de una güija cayó al suelo, abierto y boca arriba. La niña se sobresaltó y se apresuró a recogerlo, como si pensara que se había roto, y luego le colocó de nuevo la tablilla que se movía y señalaba las letras.

Ella y sus amigas estaban muy ilusionadas con jugar con la güija porque todas querían saber con quién se iban a casar. A Jane le gustaba un chico que se llamaba Victor Browne que iba a su clase de matemáticas. Últimamente habían conversado un poco y Jane realmente pensaba que podían hacer buena pareja. El problema era que no estaba segura de lo que él sentía

hacia ella. Tal vez sólo le gustaba porque le ayudaba con los deberes.

Jane puso el tablero sobre la cama, apoyó las manos sobre la tablilla y respiró hondo.

—¿Cuál es el nombre del chico con el que me voy a casar?

Realmente no esperaba que aquel artilugio se moviera. Y, en efecto, no lo hizo.

Lo intentó un par de veces más y luego se recostó con expresión frustrada. Al cabo de un minuto, le dio un golpecito a la pared que estaba detrás de la cama. Su hermana le respondió y unos segundos después Hannah se deslizó por la puerta. Cuando vio el juego, se entusiasmó y saltó a la cama, de manera que la aguja salió volando.

—¿Cómo se juega?

—¡Shhh! —Si las pillaban en esa situación, estarían castigadas para siempre. Eternamente.

—Lo siento. —Hannah dobló las piernas y se abrazó las rodillas para evitar cometer otro error—. ¿Cómo...?

—Uno le hace preguntas y ella contesta.

—¿Y qué se puede preguntar?

—Con quién nos vamos a casar. —Ahora Jane estaba nerviosa. ¿Qué haría si la respuesta no era Victor?—. Empieza tú. Pon los dedos sobre la tablilla, pero no la empujes ni hagas nada. Sólo... así, sin empujar. Muy bien... ¿Con quién se va a casar Hannah?

La tablilla no se movió. Ni siquiera cuando Jane repitió la pregunta.

—Está estropeada —dijo Hannah, retirando las manos.

—Déjame probar con otra pregunta. Vuelve a poner las manos. —Jane respiró profundamente—. ¿Con quién me voy a casar yo?

La tabla emitió un ligero crujido, al tiempo que la tablilla comenzaba a moverse. Cuando se movió hacia la letra *V*, Jane se estremeció. Con el corazón en la garganta, observó cómo la tablilla se movía después hacia la letra *I*.

—¡Es Victor! —exclamó Hannah—. ¡Es Victor! ¡Te vas a casar con Victor!

Jane no se molestó en callar a su hermana. Era demasiado bueno para ser...

Luego la tablilla indicó la letra *S*. ¿*S*?

—No, eso está mal —dijo Jane—. Tiene que ser un error...

—Espera. Averigüemos de quién se trata.

Pero si no era Victor, Jane no sabía quién podía ser. Y ¿qué clase de chico tendría un nombre como *Vis*...

Jane trató de empujar la tablilla, pero esta insistió en señalar la letra *H*. Luego la *O*, *U* y, por último, la *S*.

VISHOUS.

Jane sintió una oleada de pánico que le atenazaba las costillas.

—Te dije que estaba estropeada —murmuró Hannah—. ¿Quién se llama Vishous?

Jane desvió la mirada y luego se dejó caer sobre las almohadas. Éste era el peor cumpleaños que había tenido en la vida.

—Tal vez deberíamos intentarlo de nuevo —dijo Hannah. Al ver que su hermana vacilaba, frunció el ceño—. Vamos, yo también quiero que me conteste algo. Es justo.

Las dos niñas volvieron a poner los dedos sobre la tablilla.

—¿Qué me van a regalar en Navidad? —preguntó Hannah.

Pero la tablilla no se movió.

—Intenta una pregunta de sí o no, para empezar —dijo Jane, que todavía estaba inquieta con la palabra que había señalado la güija. ¿Sería que la tabla no sabía escribir correctamente?

—¿Voy a tener algún regalo en Navidad? —preguntó Hannah.

La tablilla comenzó a crujir.

—Espero que sea un caballo —murmuró Hannah, al tiempo que la tablilla daba vueltas por el tablero—. He debido preguntar eso.

La tablilla se detuvo frente al *No*.

Las dos niñas se quedaron mirando la tabla.

Hannah se envolvió entre los brazos como si tuviera frío.

—Yo también quiero un regalo.

—Sólo es un juego —dijo Jane, cerrando el tablero—. Además, está totalmente estropeado. Se me cayó al sacarlo.

—Yo quiero regalos.

Jane se estiró y abrazó a su hermana.

—No te preocupes por esa estúpida tabla, Han. Yo siempre te compro algo en Navidad.

Un poco más tarde, Hannah se marchó y Jane se volvió a meter entre las mantas.

«Estúpida tabla. Estúpido cumpleaños. Todo es una estupidez».

Cuando cerró los ojos, se acordó de que todavía había abierto la tarjeta de su hermana. Volvió a encender la luz y la cogió de encima de la mesilla de noche. Dentro decía: *¡Siempre iremos de la mano! ¡Te quiero! Hannah.*

La respuesta que le había dado la tabla acerca de la Navidad era un error absoluto. Todo el mundo adoraba a Hannah y le compraba regalos. A veces era capaz incluso de hacer cambiar de opinión a su padre, y nadie más podía hacerlo. Así que era evidente que Hannah tendría regalos.

«Estúpida tabla...».

Al poco rato, Jane se quedó dormida. Debía de haberse quedado dormida, porque Hannah la despertó.

—¿Estás bien? —preguntó Jane, incorporándose. Su hermana estaba de pie al lado de la cama, con su camisón de franela y una extraña expresión en el rostro.

—Me tengo que ir. —La voz de Hannah parecía triste.

—¿Tienes que ir al baño? ¿Te sientes mal? —Jane apartó las mantas—. Yo te acompaño...

—No, no puedes. —Hannah suspiró—. Me tengo que ir.

—Bueno, cuando termines de hacer lo que tienes que hacer, puedes regresar aquí y dormir conmigo, si quieres.

Hannah miró hacia la puerta.

—Tengo miedo.

—Sí, asusta un poco sentirse enfermo. Pero yo siempre estaré aquí para ti.

—Me tengo que ir. —Cuando Hannah volvió a mirar a Jane, parecía... como si de alguna manera se hubiese vuelto adulta. No parecía una niña de diez años—. Trataré de regresar. Haré todo lo que pueda.

—Hummm... Está bien. —Quizá su hermana tuviese fiebre o algo así—. ¿Quieres que vaya a despertar a mamá?

Hannah negó con la cabeza.

—Sólo quería verte a ti. Vuelve a dormirte.

Cuando Hannah se fue, Jane volvió a hundirse entre las almohadas. Por un momento pensó que debería ir a ver cómo estaba su hermana en el baño, pero el sueño la venció antes de que pudiera reunir la energía para seguir ese impulso.

A la mañana siguiente, Jane se despertó con el sonido de unos pasos apresurados en el pasillo. Al principio supuso que alguien había derramado algo que iba a dejar una mancha en la alfombra, en una silla o en la colcha. Pero luego oyó las sirenas de una ambulancia en la entrada de la casa.

Jane se levantó, miró por la ventana del frente y luego asomó la cabeza al pasillo. Su padre estaba hablando con alguien abajo y la puerta de la habitación de Hannah estaba abierta.

Jane se dirigió de puntillas por la alfombra persa hasta la habitación de su hermana, mientras pensaba que no era normal que Hannah estuviera levantada tan temprano un sábado. Realmente debía estar enferma.

Se detuvo al llegar al umbral. Hannah estaba inmóvil sobre la cama, con los ojos abiertos clavados en el techo y la piel tan blanca como las inmaculadas sábanas que cubrían la cama.

No parpadeaba.

En el otro extremo de la habitación, lo más lejos posible de Hannah, estaba su madre, sentada en la ventana, con su bata de seda color marfil formando una especie de remolino a su alrededor.

—Vuelve a la cama. Ya.

Jane salió corriendo hacia su habitación. Cuando estaba cerrando la puerta, alcanzó a ver a su padre, que subía las escaleras con dos hombres de uniforme azul. Hablaba con autoridad y Jane oyó las palabras *fallo cardíaco congénito* o algo así.

Jane se metió en la cama y se tapó la cabeza con las mantas. Mientras temblaba en medio de la oscuridad, se sintió muy pequeña y muy asustada.

La tabla tenía razón. Hannah no recibiría ningún regalo de Navidad ni se casaría con nadie.

Pero la hermanita de Jane cumplió su promesa. Y regresó.